UNA VERSION MODERNA DE LA «SOLEDAD» PRIMERA DE PEDRO ESPINOSA

En la convocatoria para reunir este homenaje a Dámaso Alonso se decía que el trabajo que se enviase al mismo tuviese relación o con la obra del maestro o con los campos de estudio en que él había realizado su labor de crítica literaria. Como me encuentro trabajando en la vida y en la obra del escritor antequerano Pedro Espinosa, uno de los más decididos defensores de Góngora, presentaré una aportación que coincide con lo que Dámaso Alonso hizo en 1927 cuando dio a conocer las *Soledades* gongorinas, y con ello puso al escritor cordobés en medio de la plaza mayor de la poesía de la época. La importancia de esta labor de Dámaso Alonso fue grande, tanto por lo que supuso para el conocimiento de Góngora, hasta entonces autor oscuro y en aquel punto casi de repente puesto en claro, como por lo que sirvió de lección para los poetas contemporáneos, que de esta manera encontraban un precedente del uso de la metáfora exaltada en el centro mismo de la literatura de los Siglos de Oro. Mi labor, mucho más modesta, consiste en presentar la primera *Soledad* de Pedro Espinosa (o Epístola I a Heliodoro) en una forma semejante, confrontando con el texto del poeta antequerano una versión mía en que procuro penetrar y poner de manifiesto la significación del poema en términos modernos y con las aclaraciones que estimo convenientes para que un lector de nuestro tiempo pueda apreciar la portentosa filigrana expresiva de Espinosa.

Espinosa, como he dicho, se encuentra entre los primeros poetas andaluces que comprendieron lo que Góngora pretendía realizar en su obra. Por de pronto, el poeta antequerano incluyó en sus *Flores de poetas ilustres* treinta y siete poesías de un Góngora todavía poco conocido, el mayor número de las que asignó a cualquier otro de entre los que escogió para su antología. La admiración de Espinosa hacia Góngora no buscó la vía del comentario, glosa o defensa de la teoría poética y de la práctica de la lengua implicada en el estilo de Góngora, sino que audazmente se puso a su lado escribiendo a la manera del cordobés y emulándolo en el sentido creador. Del modo que

lo logró en seguida puede darse cuenta el lector con la lectura de esta versión mía de la *Soledad* primera. Y esto lo hizo en fecha muy próxima a la difusión de las *Soledades* gongorinas, como pienso exponer en mis estudios sobre Pedro Espinosa. No creo, con todo, que esta *Soledad* sea tan temprana como pretendía Rodríguez Marín (1612 ó 1613); a mí me parece que fue escrita hacia 1614. Tampoco me parece que se refiera a la estancia del poeta como ermitaño en la Virgen de Gracia de Archidona, sino más bien alude a la época en que estuvo en la ermita de la Magdalena, en las cercanías de Antequera, pues el fondo alusivo de la naturaleza implícito en el poema lo juzgo más propio del paisaje de este último lugar que del primero.

Observará el lector que no incluyo en mi versión la canción en alabanza a la Virgen, que figura en el texto del manuscrito del Palacio Arzobispal de Sevilla recogido por Rodríguez Marín, pues la versión del British Museum no la trae y, de todas maneras, constituye una pieza independiente del conjunto de la Epístola. De estas cuestiones y otras más trato en mi edición y estudios sobre Espinosa.

En esta ocasión, y limitándome al espacio propio de las colaboraciones de este homenaje, doy el texto de la *Soledad* de Espinosa en un texto crítico, cuyo fundamento se encontrará en mi edición; y la hago seguir la labor de artesanía poética que supone la versión moderna que ofrezco a los lectores de hoy. En esta versión mía van entre paréntesis las extensiones que intercalo explanando lo que el poeta expresó de un modo conciso y pongo entre corchetes las explicaciones que creo adecuadas, como un añadido mío para que quede más claro el sentido de una palabra o de una expresión, cuando lo estimo conveniente. Por tanto, recomiendo al lector que lea mi texto sin hacer caso de estos paréntesis y corchetes, con lo que tendrá una versión fluida de la significación poética original. Y sólo en el caso de que quiera confrontar mi trabajo con el original acuda al auxilio de estos elementos que muestran la armadura de mi interpretación. De esta manera espero ayudar a la difusión de la obra de Pedro Espinosa; es un escritor con un portentoso sentido de la expresión en cuanto transforma una experiencia común en poesía a través de una exaltación de los procedimientos artísticos de la palabra. Así transmuta la realidad y la recrea en un ámbito nuevo en el que el lector queda sorprendido por la audacia de su imaginación y se siente arrastrado por el dinamismo espiritual que implica su poesía.

FRANCISCO LOPEZ ESTRADA

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de SEVILLA

SOLEDAD PRIMERA O EPISTOLA I A HELIODORO DE PEDRO ESPINOSA

I

I ¡Quién te diera volar con plumas de oro,
que David deseó, que batió Arsenio,
a estas mis soledades, Heliodoro,
Cristo en Sión, no Venus en Partenio!
La capa a Putifar, la sombra al toro
deja, y huye en talares de Cilenio
la ostentación, el oro y las mujeres,
pues tanto vencerás cuanto huyeres.

II ¿Qué Circe en forma vil tu pie divierte,
yendo a la muerte cierta y mal sabida?
Al sepulcro las lágrimas convierte,
pues cuanto vives, pierdes de la vida.
Nueve meses comido habia la muerte,
cuando naciste, de tu edad florida,
y menos vivirás cuanto más vives,
dando en manos de médicos caribes.

III Yo aquí, a la orilla, Heliodoro hermano,
pues padeció naufragio mi navío,
sirvo de señalarte con la mano
la sirte, en tu escarmiento y daño mío.
Del padre de los monstruos, Oceano,
ya rápido, ya atado en hielo frío,
viejo avaro, ligero te remontes,
ya en una religión o ya en los montes.

IV Encrespe el mercadante en corvo pino
las tablas de cristal en mar estraña,
y, abriendo senda donde no hay camino,
ultraje las espumas de su saña;
despliegue en puertos de la Aurora el lino,
o donde el sol sus trenzas de oro baña,
el Austro beba, o brisas de Calisto;
no quiero más que soledad y Cristo.

V ¿Qué es esto, Cristo mío? ¿Yo, en regalo?
¿Vos, anegado en un turbión de enojos,
cosido con tres garfios en un palo?
¿Yo buscando lisonjas a mis ojos?
¿Yo en opinión de bueno, y Vos de malo?
¿Yo coronado de rosas, Vos de abrojos?
Mis pasos revocad; de culpa salga;
camino os siga; vuestra Cruz me valga.

VI Convierte ya la vista cudiciosa,
en tiernas, tibias lágrimas deshecho,

a esta tabla de flores, que es hermosa;
a las plas de Juno ha contrahecho.
Mira marchita la cerviz de rosa
y, entre claveles, blanqueando el pecho
de un mancebo que yace al aire frío,
bellísimo a mis ojos, Cristo mío.

VII

Mira cárdeno lirio el rostro santo,
y el tirio carmesí del lado abierto.
¿Grita el león, y el hijo duerme tanto?
Plega el lino al abrigo de este puerto:
ven, llora aquí tus culpas con su llanto.
y al que mataste vivo, abraza muerto,
tal, que estos montes te parezcan rojos,
como quien, viendo al sol, lloren los ojos.

VIII

Profese Italia plantas de Vitruvio,
Francia telares, y el persiano pompa;
rompa hielos del mar el anglio rubio,
y España a Potosí las venas rompa;
vuelque sobras de mesas el Danubio;
que, cuando aliento el Angel dé a la trompa,
lo que han sembrado cogerán; y advierte:
no ames cosa que dejes con la muerte.

IX

Ven y verás por estos valles frescos
ensortijados lazos y follajes
y, brillando, floridos arabescos
prender espigas, trasflorar celajes;
estofados subientes de grutescos
arbolando cogollos y plumajes;
prósperos tallos de elegantes vides
trepando en ondas el bastón de Alcides.

X

Cuando en carro de rosas venga el día,
aquí cantando himnos te levantas
y a los aires trasladas tu armonía,
trebejas con la arpa y psalmos cantas;
oh dulce, solitaria compañía
de Cristo, oh fértil riego de sus plantas,
con ojos más mojados que traviesos,
cogiendo gracias mientras siembras besos.

XI

Será el flojel la felpa de la grama,
a los arrullos de la fuente fría,
y el pabellón y sargas de la cama,
festones de cambiante argentería.
Del sol no temas la redonda llama,
que en dulce sueño, aunque le pese al día,
te guardará el laurel que no recuerdes,
poniendo meta al sol con lindes verdes.

XII *En desiguales cuadras de una gruta*
do el culantrillo y musgo en barbas medra,
de aradas conchas y de tela bruta
viste rico gabán la tosca piedra.
Aquí te irás a una alcobilla enjuta
que el pavimento es jaspe, el tapiz hiedra,
no respirante venenoso tuho,
aunque en sus arcabucos mora el buho.

XIII *Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,*
brindándole a las eras la bebida,
el gusto cebarás en los manjares
y rendirás la hambre a la comida.
Mil pasos entre calles de azahares
al rosario darás por despedida,
y sembrarás jaculatorias santas,
más regados tus ojos que las plantas.

XIV *Con pie curioso, por los verdes valles,*
construyendo períodos de parras,
el guarnecido arroyo de entretalles
verás, en trenzas de cristal, bizarras.
Verás trepando inexplicables calles
volcar su arena lo que el indio en barras,
y seguirás la margen de sus yerros,
ciñendo en breve anillo muchos berros.

XV *No falta aquí contra el azul celidro*
la bazahar, dos veces estranjera,
ni la aserrada pempinela y cidro,
betónica montés, vulgar cidrera.
En corcho sí, no en veneciano vidro,
conserva esconderás de escorzonera,
y el díptamo pisado y la carlina;
búrlate de cerasta peregrina.

XVI *No por la cuesta repitiendo huellas,*
mas pisando eliocrisos por tapete,
sube a una roca que presuma estrellas,
de esta sierra turqués, azul copete.
Concédanse a tus ojos selvas bellas;
rompe en abeto el mar sin pagar flete,
y siendo superior de cosas grandes,
habrás visto, pintado vivo, a Flandes.

XVII *Ambar hurtando de tu huerto el viento,*
con el peso las ramas humillando,
nectáreo honor disfrutarás contento,
los riegos en almíbares cobrando.

Luego reducirás al pensamiento
lo que disfrutó Adán, Cristo ayunando,
o si te agrada más, un Niño en fajas,
fruta del nuevo Adán, madura en pajas.

XVIII *Cuando el líquido pie prendiendo al río,*
de carámbano se armen los Triones,
los tueros que enviaste en el estío
ayudarás con soplos y tizones;
extranjero del mundo, y más del frío,
pagarás, las que debes, devociones,
a ti contento, mariposa al ceño,
al cuerpo leche y a los ojos sueño.

XIX *Y cuando ya la noche envuelve en sombra*
las cosas, siembra estrellas, llueve espanto,
y en alto horror aun el silencio asombra,
que la corneja ofende con su canto,
libre del sueño que el beleño escombra,
a cantar mis maitines me levanto,
y luego, de la Virgen, mi esperanza,
tal convivo en mi lira su alabanza.

★

XX *Pagado este paréntesis de sueño*
en lecho a que el armiño no se atreve,
en la canífera piel, no ecuóreo leño,
ondosos sueños sulco en urca breve;
dormido Palinuro, Argos pequeño,
navego al alba de rosada nieve,
hasta que con sus lirios me levanto,
a despertar las aves con mi canto.

XXI *Abeja hiblia, en vagos desvaríos,*
mordaz tomillo, azules romerales
cala, primero que a la Aurora el río
lave el pie azafranado en sus cristales,
tal, de las tirias rosas el rocío
de Cristo, dulce humor de mis panales,
solícito, y le ofrece mi porfía
cuanto pulsare y respirare el día.

XXII *Sudor despeña de la alpina frente*
un risco viejo que en zafir desata,
capítulo del curso de una fuente
que antes de comenzar se desbarata;

y antes que del rigor vía corriente
aquí, entre polvos líquidos de plata,
la calma que llovió el noturno mostro
con las cóncavas palmas robo al rostro.

XXIII *Restituyendo el agua al paño enjuto,*
que otra vez puede, viejo, ser hilado,
«Jam lucis orto sidere»... en tributo
pago, en silla de tréboles sentado;
y habiendo en nuevo sol el nuevo fruto
de mis labios a Cristo presentado,
antes de celebrar, mi vago acento
tal vuela espumas y navega el viento.

I ¡Quién te diera (con que poder) volar con plumas de oro [pues con plumas se vuela y también se escribe], (como las) que David deseó (para sus libros sagrados, como las) que batió Arsenio [cuando se retiró de la Corte y escribió sus obras ascéticas], (para que con ellas pudieras llegar) a estas mis soledades, Heliodoro, (donde te hallarías), como Cristo en Sión (Jerusalén) y no (como) Venus en (el río) Partenio [lugar en el que Diana, diosa de la castidad, solía bañarse].

La capa a Putifar deja, [como lo hizo José cuando dejó la suya en manos de la deshonesta mujer de este príncipe, según cuenta el *Génesis*, 39, 12]; (deja) la sombra al toro, y huye en (los) talares [o zapatos alados] de Cilenio [que es el dios Mercurio, nacido en Cilene], (de) la ostentación, el oro y las mujeres, pues tanto (mejor) vencerás cuanto (más lejos) huyeres.

VERSION MODERNA

(Los números romanos que encabezan las páginas se refieren a las correspondientes estrofas de la poesía)

II ¿Qué Circe [o sortilegio procedente de esta hechicera] tu pie divierte [o desvía] en forma vil [es decir, aparta tus pasos del buen camino] yendo a la muerte cierta y mal sabida [pues quieres ignorarla a voluntad]? A (la consideración del) sepulcro convierte [o vuelve] las lágrimas, pues (todo) cuanto vives, (eso mismo) pierdes de la vida.

Nueve meses (te) había comido (de tu vida) la muerte cuando naciste, de tu edad florida, y (cada vez) vivirás menos,

cuanto más vives, (sobre todo) dando en manos de médicos caribes [que los médicos son como salvajes caribes, de cruel fama, según cuentan los libros de América].

III Yo aquí, a la orilla, Heliodoro hermano, pues mi navío [imagen de la vida] padeció naufragio, sirvo (a lo menos para) señalarte con la mano la sirte [o sean los escollos en que me hundí], y esto en tu escarmiento y en daño mío.

(Por eso te pido que) ligero te remontes [o alejes] del Oceano, padre de los monstruos (marinos), viejo avaro [porque todo lo que puede llevar consigo, lo guarda en su seno desde siglos], (el Oceano que unas veces se mueve) rápido (y otras está como) atado en (el) hielo frío (de las aguas polares); (y te ruego que o) ya (ingreses) (en (una orden de) religión, o ya (te retires a la soledad como ermitaño) en los montes.

IV Encrespe el mercader (navegando), en (el) corvo pino (de los barcos, las aguas que por lo llanas parecen) tablas de cristal en (los espacios de la) mar extraña; y abriendo senda donde no hay camino [por cuanto antes no se había navegado por allí] ultraje (con su pertinacia aventurera) las espumas (de las olas, testimonio) de su saña.

Despliegue el lino [o velas de la nave] en puertos de la Aurora [que es decir, al amanecer] o (bien) donde el sol baña sus trenzas de oro [o sea, sus rayos dorados], beba el Austro [esto es, que se aprovecha del viento que sopla a mediodía], o (bien sea que se valga de las) brisas de Calisto, [que son las nocturnas, que vienen del lado de esta constelación]. (Eso haga el mercader, pues para mí) no quiero más que soledad y Cristo.

V ¿Qué es esto, Cristo mío? ¿Yo, (hallándome) en regalo? ¿Vos, anegado en un turbión de enojos, cosido [clavado] con tres garfios en (el) palo (de la Cruz)? ¿Yo, buscando lisonjas a mis ojos (cuando contemplo cuanto de hermoso creaste en el mundo)?

¿Yo en opinión de bueno, (y) Vos, de malo? ¿Yo, coronado de rosas, (y) Vos, de abrojos? Mis pasos revocad [apartad] (de por donde van, haced que) salga de culpa, (que) os siga (en el) camino, (haced que) vuestra Cruz me valga.

VI Convierte [dirige] ya la vista codiciosa, deshecho en lágrimas tiernas, tibias, a esta tabla [o cuadro] de flores, que es hermosa; (la tabla) ha contrahecho [imitado] (la variedad de colores que muestran en su plumaje los pavos reales, a los que se llamó) pías de Juno [porque estas aves arrastran el carro de esta diosa; las llaman pías porque este nombre reciben unas preciadas jacas exóticas cuya piel muestra como retazos de colores diversos].

Mira (cómo cae) marchita la cerviz (del Señor, del color) de rosa y, (mira de qué manera está) blanqueando el pecho de un mancebo que yace al aire frío, entre claveles (que adornan el altar), bellísimo a mis ojos, (oh) Cristo mío.

VII Mira el rostro santo (que es un) cárdeno lirio, y el tirio [rojo color] carmesí del lado abierto (por la lanzada). ¿Grita el león, y el hijo duerme tanto? Plega el lino [esto es, recoge las velas] al abrigo de este puerto.

Ven, llora aquí tus culpas con su llanto, y al que mataste vivo (con tus pecados), abraza muerto; (míralo de) tal (manera) que estos montes te parezcan rojos, como quien, viendo al sol (de frente, le) lloren los ojos.

VIII (La gente de) Italia profese [esto es, estudie en los libros de las] plantas (arquitectónicas) de Vitruvio; (la de) Francia (esté ocupada con sus) telares, y el persa (se enorgullezca de su) pompa; el rubio inglés rompa (en sus navegaciones los) hielos del mar, y España rompa al Potosí las venas (buscando plata en sus montañas).

El Danubio vuelque (en su corriente) sobras de mesas (de los banquetes de sus ribereños). (Que ellos hagan esto, pero ten en cuenta) que, cuando aliento dé a la trompa [o sea, cuando sople] el Angel (del juicio final), lo que han sembrado, cogerán, y advierte: no ames cosa que dejes con la muerte.

IX Ven y verás por estos frescos valles ensortijados lazos [como los zarcillos de las vides trepadoras, y los cuadros de arrayán] y follajes y, brillando [por la fuerza de los colores], (verás) floridos arabescos prender espigas [esto es, rodear las flores a las espigas en los sembrados] (y) transflorar celajes

[esto es, aparecer al trasluz de los cielos cuando las flores suben por entre las ramas de los árboles].

(Verás también) estofados subientes de grutescos [que es decir, las hojas ascendentes que forman a modo de adornos grutescos, de sutiles oros estofados por el sol] arbolando [término de la marinería, que significa levantar palos y velas] cogollos (de las ramas) y plumajes [esto es, pájaros]. (Y verás) prósperos tallos de elegantes vides trepando en ondas (de pámpanos) el bastón de Alcides [o álamos, que son los árboles favoritos de Hércules].

X Cuando (al amanecer) en carro de rosas venga el día, aquí te levantas cantando himnos, y tu armonía (la de tus canciones) trasladas a los aires; trebejas [como si estuvieras jugando] con la[s cuerdas del] arpa y cantas salmos.

¡Oh dulce, solitaria compañía de Cristo! ¡Oh fértil riego (con lágrimas) de sus plantas (las de sus pies)! Con ojos más mojados que traviesos, (vas) cogiendo gracias (de favor) mientras siembras besos (devotos).

XI Será el flojel [o fino vello de las ricas telas] la felpa de la grama [esto es, la grama que cubre el campo de manera semejante a una tela, resultará tan delicada como si estuviese cubierta por el fino vello del flojel, que es decir como aterciopelada], (oyendo) los arrullos de la fuente fría (que predisponen al sueño. En medio del campo) el pabellón [o colgaduras] y sargas [o tapices] de la cama (serán) festones de cambiante argentería, [o sea, que los árboles parece que proyectan en el suelo como bordaduras de plata hechas sobre delicadas telas].

No temas la redonda llama del sol, (puesto) que en dulce sueño, aunque (con ello) le pese a (la luz de)l día, te guardará (la sombra d)el laurel de manera que no recuerdes [despiertes], poniendo meta (que no traspasen sus rayos) al sol con (las) lindes [o límites] verdes (de las hojas).

XII En (las) desiguales cuadras [o salas] de una gruta, donde el culantrillo y (el) musgo medra en barbas [esto es, que crecen por las paredes y forman como barbas], la tosca piedra (de las paredes parece que) viste rico gabán de aradas conchas y de tela bruta [por cuanto está adherido a las paredes].

Aquí te irás a (una parte de la cueva semejante a) una alcobilla enjuta [esto es, seca, sin humedad] (en la) que el pavimento es (como de) jaspe, la yedra (forma a manera de) tapiz, y no se respira ningún tufo venenoso, aunque en sus arcabucos [o espesuras de los inmediatos bosques] mora el búho (pájaro de mal agüero).

XIII Cuando regares tu huerto (al atardecer) ya sin sol, brindándole a las eras [o cuadros del regadío] la bebida (que es para ellas el agua de las acequias), el gusto cebarás (comiendo poco, como si fuere sólo el cebo de una trampa) en los manjares, (lo suficiente) para que el hambre se rinda a la comida.

Mil pasos (darás por) entre (las) calles de azahares (flores de los árboles del huerto, mientras rezas el) rosario por despedida (del día), y (con estas oraciones) sembrarás jaculatorias santas, más regados tus ojos (por lágrimas de contrición) que las plantas (por las aguas de las acequias).

XIV Con pie curioso [esto es, si caminas atendiendo a todo con diligencia] por los verdes valles, verás el arroyo, guarnecido de entretalles [o calados de plantas] (que va fluyendo por entre la vegetación) construyendo (como si fueran) períodos de parras [pues con tal orden se alinean las vides que parecen eso, períodos de un discurso oratorio bien trabado], (corriendo las aguas) bizarras, en (forma de) trenzas de cristal [tal es la transparencia que muestran y su ondulante disposición por entre las huertas].

Trepando por inexplicables calles [o sea, subiendo por los retorcidos senderos de la sierra], verás (en los arroyos) volcar su arena (el oro) lo que el indio (con las flotas trae) en barras, y seguirás la margen de sus yerros [esto es, que está tan enredado el cauce que parece que son ejemplo de equivocaciones de una buena alineación], ciñendo en (el) breve anillo (de sus vueltas y revueltas) muchos (espacios donde abundan) berros.

XV No falta aquí (en estos lugares de la sierra), como remedio contra (la mordedura del) el azul celidro [o culebra] (la piedra) behozar, dos veces extranjera [pues antes la traían los árabes, y ahora los portugueses], ni (tampoco) la (hierba) pimpinela, (de hoja) aserrada, (ni el) cidro, ni la betónica montés [o silvestre], ni la vulgar cidrera, [o sea la resina de cedro].

En (recipiente de) corcho sí, (y) no en (uno) de veneciano vidrio, esconderás (para guardarla) conserva de (hierba) escorzonera; y también el díctamo pisado [o poleo prensado], y la (hierba) carlina [que es una especie de cardo]. (Con todo esto previsto), búrlate de (la) cerasta (o víbora) peregrina.

XVI No (subiendo) por la cuesta repitiendo (las) huellas (de otros caminantes), mas (yendo a campo traviesa) pisando elicrisos [o flores de San Juan o manzanilla] (extendidos) por (el suelo como si fueran) tapete, sube a una roca (tan alta) que presume (o presiente tocar las) estrellas, (que) de esta sierra (parece que sea su) copete [o penacho, de color] turqués, azul.

(Si así lo haces), concédanse a tus ojos (la gracia de contemplar) selvas bellas; (el azul de los cielos es allí tan hermoso que parece que) rompe en(tre los bosques de) abeto el mar sin (que por eso tengas que) pagar flete (de navegante), y siendo (allí) superior [esto es, encontrándote en lo más alto, rodeado] de cosas grandes [como es el espectáculo que contemplas en torno, podrás decir que] habrás visto, pintado vivo, a Flandes (que es decir, lo más encarecido del mundo, pues para encarecer una cosa de mucho deleite se suele decir: «No hay más Flandes»).

XVII Mientras el viento (ande) hurtando (olores de) ámbar de tu huerto, humillando [quiere decir, doblando como si se humillasen] las ramas (cargadas) con el peso (de los frutos, tú) disfrutarás contento (el) honor nectáreo [esto es, el que te corresponde por el cultivo de los frutos], cobrando en (el dulce de los) almíbares los riegos (que empleaste en el cuidado de la huerta).

Luego reducirás al pensamiento [esto es, lo sujetarás a la disciplina de la meditación pensando sobre] lo que disfrutó Adán (en el Paraíso cuando aún estaba) ayunando [es decir, carecía de noticias de] Cristo [por no haber pecado todavía]. O si te agrada más (ocuparte de un asunto del Nuevo Testamento, meditarás sobre) un Niño en fajas, fruta del nuevo Adán [esto es, del Adán pecador], madura en pajas (la fruta, porque así se guarda, y el Niño Jesús, porque nació en un portal que hacía de pesebre y hubo que improvisarle una cuna con la paja).

XVIII Cuando, prendiendo el líquido pie al río, [esto es, cuando las aguas que corren por los cauces queden prendidas en su curso por el hielo] y los Triones [o estrellas principales de la Osa Mayor] se armen de carámbanos (que cuelgan de los árboles), los tueros que enviaste (a la leñera) en el estío ayudarás (a que se quemen en la chimenea) con soplos y tizones.

Extranjero [extraño, ajeno] del mundo, y más, del frío, pagarás (rezando) las devociones que debes, (de) ti (mismo) contento, (poniendo) mariposas al ceño [es decir, la alegría bullidora de la mariposa en el campo, opuesta al ceño severo y desabrido], (dando) al cuerpo leche (como alimento), y a los ojos, sueño (para que descansen).

XIX Y cuando ya la noche envuelve en sombra las cosas, (y ella) siembra estrellas (por los cielos nocturnos), llueve espanto (sobre el mundo por la oscuridad), y aun el silencio, que la corneja (de vez en cuando) ofende con su canto (vocinglero), (esta noche que) asombra (a la gente, sumiéndola) en alto horror, (yo) libre del sueño que el beleño escombra (para dentro de los ojos), me levanto a cantar mis maitines, y luego (de esta) tal (manera) convivo en mi lira su alabanza, de la Virgen, (con) mi esperanza.

XX Pagado este paréntesis de sueño [esto es, una vez que hube interrumpido el sueño para cantar maitines y la alabanza a la Virgen] en (un) lecho a(l) que el armiño no se atreve (a compararse en blancor, metido) en (el abrigo debajo de) lanífera piel, no (en) ecuóreo leño [esto es, no sobre las tablas de un navío en el mar], surco sueños ondosos [como mecido por las olas] (metido en) urca breve [pues la cama es como un lento navío de carga, de pequeñas proporciones].

(Como un) dormido Palinuro [que así se llamaba el piloto de Eneas], (metido en un) Argos [o navío de los Argonautas] pequeño, navego (hacia el) alba (que está poniendo los cielos como) de rosada nieve, hasta que con sus lirios [esto es, cuando todo se va poniendo claro] me levanto, a despertar las aves con mi canto (religioso).

XXI (Lo mismo que la) abeja hiblea cala (abatiéndose) en vagos desvaríos [yendo de aquí para allá] sobre el mordaz [o amargo] tomillo (y sobre los) azules romerales, primero que el río

lave a la aurora en los cristales (de sus aguas, para que vaya quedando cada vez más clara la luz del día) el pie azafranado (aún por los colores del amanecer),

tal, (de la misma manera) solicito el rocío de las tirias, [rojas] rosas de Cristo, dulce humor de mis panales [para mí su sangre derramada es como el rocío que buscan las abejas, pues me sirve de motivo en mis meditaciones], y (a El) le ofrece mi porfía (espiritual) cuanto pulsare [esto es, tuviese pulso vital] y respirare el día.

XXII Sudor despeña [es un modo de decir que el agua está cayendo en cascada] de la frente alpina [pues la cima de la montaña es alta como las de los Alpes] un risco viejo que desata en zafir (sus aguas) [pues son tan azules como esta piedra preciosa], capítulo [o parte] del curso de una fuente que antes de comenzar (a correr) se desbarata (en la caída).

Y antes que (el agua vaya por la) vía corriente del rigor (de los cauces), aquí, entre polvos líquidos de plata [pues esto parece el agua que cae con fuerza], (lavándome) con las cóncavas manos [esto es, disponiéndolas en forma de cuenco], robo al rostro la calma (del sueño) que (sobre él) llovió el nocturno monstruo (del sueño).

XXIII Restituyendo [esto es, devolviendo] el agua al paño enjuto [o seco, esto es, secándome el rostro con un paño] que (aunque) viejo, puede ser hilado [pues lo he conservado con cuidado], pago en tributo (el canto del himno del *Breviario* que comienza): «Jam lucis orto sidere» (cuyo texto latino significa lo mismo que estoy viendo, o sea que ya salió la luz del sol, mientras estoy) sentado (en el suelo sobre la hierba como si estuviera) en silla de tréboles.

Y habiendo presentado a Cristo en (la luz del) nuevo sol (naciente) el nuevo fruto en mis labios [o sea, los rezos de los oficios], antes de celebrar (la misa) el vago, [por errante], acento de mi canto tal vuela (como las) espumas (sobre las olas, y tal) navega (como) el viento (por los cielos).